

LA ESCENA INTERNACIONAL

América Latina: crisis y cambio

Argentina: una alternativa sin alternativas

—IV—

por Hernando Pacheco

El taxista que me lleva por la calle Santa Fe protesta, mansamente, del tráfico. Buenos Aires, como México, Lima o Río —no digamos Caracas— se está haciendo invivible desde el punto de vista de los transportes y la comunicación. Los días de lluvia se entra en la agonía. El modelo urbano prefabricado según los patrones de conducta y de consumo del capitalismo superpuesto —superestructural— es, para nosotros, agónico. Ahora, desde el nivel de las comparaciones, la estancia en Londres y en Nueva York pueden considerarse como pretexto para unas vacaciones. En esas ciudades gigantescas del mundo industrial se está cumpliendo ya, implacablemente, el recambio tecnológico: los transportes de superficie y los metros, es decir, el mecanismo de lo colectivo desbordando la egolatría individual del automovilista que para recorrer cien metros —en sociedades donde lo colectivo no existe como organización de conjunto— requiere siempre la presencia (status) del automóvil.

El recorrido existencial, doloroso, ardiente, del continente latinoamericano revela la magnitud del daño, la dimensión específica de esa herida material y simbólica. La condena de nuestro capitalismo egocéntrico es la condena, también, de nuestra falta de imaginación. La analogía ha superado el análisis. Llamamos capitalismo a unas estructuras económicas impuestas desde arriba, desde el exterior de nuestra realidad y al margen del proyecto nacional verdadero. El capitalismo de los países industriales na-

ció en el marco de las sectas puritanas y calvinistas que le imprimieron, para siempre, con el hierro del nacimiento (con forceps social) unas claras reglas de conducta: ahorro, producción y consumo. El ahorro se asienta, sustancialmente, en la memoria histórica puritana. Era la regla maestra de una ideología que convenció a los ricos que el cielo se alcanzaba también con la riqueza y que por el ojo de la aguja podía entrar el camello si se adoptaban ciertas "normas" de conducta. La explotación del hombre por el hombre encontró así una "santificación" moralista y elusiva.

En el largo recorrido por las urbes latinoamericanas ese capitalismo superpuesto (externo) funciona, entre nosotros fundamentalmente, como consumo, como gasto. Las bases ideológicas (la moral como una ideología o como una racionalización de la necesidad) del ahorro más la producción o la productividad son postergadas.

En Lima se ha intentado reducir el consumo de gasolina. El gobierno actual montó un sistema de control mediante el cual —y a través de unas calcomanías de colores y números— dos días a la semana no pueden circular un determinado sector de los propietarios de vehículos. La respuesta ha sido simple: se han puesto en rodaje todos los automóviles viejos, todas las carcachas inútiles, todos los medios de locomoción que estaban retirados. La cuestión está en no perder ninguno de los privilegios. La circulación limeña se ha convertido, así, en un espectáculo diabólico y más contaminante que antes de las

disposiciones restrictivas. Es el capitalismo del gasto, el capitalismo de la picaresca, el capitalismo concebido, en las sociedades de la marginalización, como el estatuto inviolable de las clases ascendentes. Ninguna memoria histórica.

Mi taxista porteño maneja desde la inusitada variedad de la derecha, repentina, la izquierda, imprevista el cambio, la vuelta y la revuelta. Los dientes apretados y la convicción de que el "otro" es el enemigo. En un alto me pregunta si en mi país se escucha mucho el tango. La pregunta me deja atónico. Pienso en el gran sordo de Bonn que es mi mayor afición musical. La sorda irritación que me produce la convicción de que es en el Tercer Mundo donde se dan las características más flagrantes del despilfarro —lo que me produce una congoja dramática y que derriba una gran parte de mis trabajos; libros y actitudes sobre el problema del desarrollo— me conduce a una respuesta radical:

—**No creará que el tango es la revolución musical del mundo**—.

Estuve a punto de decirle "no creará usted que el tango es la Revolución Francesa", pero un último sentido de la medida me llevó a pensar que era demasiado. El taxista conducía frenético. Yo lo estaba. Acababa de tener una larga conversación con Ricardo Balbín, líder del Partido Radical, y sentía la sensación de que todo estaba, aún, por parlamentar y hablar. Balbín volvía de un largo viaje por el interior inundado por las altas lluvias y con el dolor intacto de la tragedia de la caída de un avión. Habíamos platicado mucho. Al final me había dicho:

—**No creo que podamos llegar, así, a 1977.**

Es el año de las nuevas elecciones. Aunque ya se habla (lo que ha provocado una tormenta) de prolongar, constitucionalmente, el mandato de la actual legislatura y de las más altas autoridades del Estado. Balbín, en nombre del Derecho, se niega a discutir semejante posibilidad.

—**No lo aceptaríamos nunca si de verdad se produjese ese intento. Ya lo hemos dicho oficialmente.**

El taxista me ha dejado a la puerta de mi hotel. Me habla en el lenguaje de los miles de pesos (los viejos pesos) y yo le invito a la modestia:

—**¿Por qué no me lo dice en pesos nuevos?**

—**"Es la costumbre"**.

El año pasado la inflación, según el Instituto de Estadística, ha alcanzado la importante cordillera del 57.5 por 100. Un economista apasionado me había dicho después del anuncio oficial:

—**Me temo que sea más considerable aún.**

Ahora, y de ahí la crisis social, se vive un momento excepcionalmente grave y delicado: las revisiones paritarias de los salarios. Esa vasta negociación, base esencial del Pacto Social inventado por Perón, deberá terminar en el mes de Mayo. Dado el proceso inflacionario y la crisis internacional, la tensión, las contradicciones y los conflictos sindicales se han incrementado hasta extremos increíbles.

1) El Petróleo Tecnológico y la Carne Tradicional

El siglo XX es el siglo de la dependencia argentina al proyecto y diseño del imperialismo británico que aspiró a hacer del país —ya ha sido explicitado— el Sexto Dominio de la Corona. Pero ese proyecto, por las leyes de una inexorable dialéctica, se insertaría en una contradicción histórica clara: la sustitución de importaciones que sigue a la crisis del capitalismo en 1929 y la lu-

cha de británicos y norteamericanos, en Argentina y gran parte de Sudamérica, por la hegemonía de sus respectivos intereses conflictivos.

En 1907 el país de la carne y el trigo (la granja inglesa) descubre los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia. Era la inserción de Argentina en la aventura de la energía. Con ello se transformaría, en su esencia, el significado de las luchas extranacionales o supranacionales. Los Estados Unidos aspiraban con previsión científica, al dominio de ese sector y ello a escala universal.

El país comenzaba a tener, en la época, una masa laboral nueva. El peonaje histórico se transformaba. Las corrientes migratorias europeas, que transformarían totalmente la vida nacional —y que comenzaron a votar masivamente en razón de la ley de Sáez Peña en 1912— revolucionaban la política porteña. Aquella ley, que determinaba por vez primera el sufragio universal, el voto secreto y el censo permanente, provocó un cambio profundo. El gobierno conservador, omnipotente, tuvo que dejar paso, en 1916, a Hipólito Yrigoyen, primer presidente radical. Las nuevas clases medias, reconocidas por una oligarquía más esclarecida y dispuesta a no perder contacto con su clase urbana y con las nuevas corrientes europeas, dejaron a los radicales en el poder durante 14 años. Desde 1916 hasta 1930. Yrigoyen, sucedido por su colega discrepante Marcelo de Alvear, volvió a la presidencia en 1928 para ser derrocado, mano militar, en 1930: en el seno, pues, de un vasto conflicto universal del capitalismo y cuando las clases conservadoras ajustaron, de nuevo, el monóculo del autoritarismo para reconstruir su poder. Al menos ese fue su intento, intento que tomó —en esa perspectiva— numerosas variantes. Todas ellas resumen la decisión global de recuperar el poder y establecer formas estrictas de reinstalación.

El petróleo era el componente nuevo de la Argentina tradicional. Raúl Prebisch afirma que en el mismo año del descubrimiento de los primeros yacimientos del oro negro hacían "irrupción los capitales norteamericanos en nuestro comercio de carnes lo que comenzó a turbar la calma, dice, en que estos negocios se desarrollaban. Antes de aquella fecha, añade, intereses ingleses y criollos dominaban la exportación de carnes argentinas".

El mundo de lo idílico se desvanecía. La masa laboral llegaba a contar, en 1917 —presidencia de Yrigoyen—, un millón 887 mil personas y en Buenos Aires se alcanzaba una cifra cercana a los 300 mil. El país mudaba de piel en el año de la Revolución Rusa y en el marco de la depresión de los salarios, depresión vinculada a la Primera Guerra Mundial, y de los conflictos de clases. Na encuesta realizada en 1917 entre 19 mil 562 obreros bonaerenses reveló que el 50.4 por 100 trabajaba entre 52 y 57 horas semanales y el 12.1 por 100 entre 58 y 72.

La gran corriente migratoria no sólo había tocado Buenos Aires, sino que fue indispensable, como mano de obra desnacionalizada (inicialmente, bien entendido) frente a la corriente popular montonera y gauchista para el sostenimiento laboral del gran edificio terrateniente. En esa época, el 63 por 100 de las tierras en explotación entre las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Córdoba y Santa Fé (un total de 41.2 millones de hectáreas) pertenecían o estaban bajo el control del 6 por 100 de los propietarios. Las extensiones de más de 5 mil hectáreas constituían el 70 por 100 de las tierras cultivadas y configuraban una estructura de poder enorme puesto que tenía en sus manos la exportación.

En 1930, en el año de la caída de Yrigoyen por la vía de los fusiles de Uriburu, mil personas eran dueñas, dice Juan José Hernández Arregui en el libro "La Formación de la Conciencia Nacional", de la tercera parte de la provincia de Buenos Aires, o sea, "de 100 mil kilómetros cuadrados da las mejores tierras del mundo 50 familias eran propietarias de más de cuatro millones de hectáreas". Ese será el marco del primer gran conflicto social: la Semana Trágica de 1919. Semana que comienza en el mes de enero y se pierde en la represión radical. De los 352 mil 252 obreros censados en aquel año en Buenos Aires nada menos que 308 mil 967, de una forma u otra, participaron en los movimientos huelguísticos. Era la gran asonada social que el radicalismo no supo entender, todavía, como prueba del cambio social y que lo haría Perón desde 1943 integrando a ese sector en la participación sindicalista.

Oligarquía de la tierra, cierto. La estancia condicionará unos patrones de conducta, un género de vida. Pero la carne no es un accidente dramático como el café o el azúcar en cuya producción se crean las condiciones específicas de una dominación de otro tipo. La oligarquía de la carne tendrá, en Argentina, características propias y se inyectará en el liberalismo británico aunque desde el molde real de la dependencia. Estancieros liberales con la cabeza en Londres, la moral en la Plaza Pigalle de París y la conciencia en la Argentina heroica y clásica—gaucha— que las lanzas del siglo XIX habían domeñado y destruido para servir a esos mismos intereses. Orgullo y estatismo social. En la calle, sin embargo, un ejército nuevo de obreros: 2 millones 230 mil cuando, en 1921, el ejército tiene que aplastar, de forma espantosa, a los peones agrarios que reclaman, en Patagonia, un cambio radical en sus condiciones de vida. Es la época de la sangre. Es la época en que se inician, también, las reformas sociales después de la sanción de los fusiles. El país buscará entre las farsas y las veracidades de los gobiernos de Yrigoyen y Alvear, un nuevo estatuto de convivencia.

La carne y el trigo —con la estructura financiera en medio— no serán factores suficientes para clarificar las crisis. En la caída de Yrigoyen en 1930 está ya el petróleo; en la crisis militar de 1943 aparecerá igualmente y de manera indudable en el derrocamiento de Perón en 1955 y de Frondizi (este último me lo ha afirmado dramáticamente aunque, en justicia, existieran factores internos político-sociales, no menos significativos) en 1962. En los últimos casos, y desde entonces, la presión de los acontecimientos externos está definida, en gran medida, por los Estados Unidos. Inglaterra había pasado a ser, en su sentido estricto, memoria histórica y relegación económica, pero no decisiva. El imperio era reemplazado, en todas las grandes áreas, no sólo por los Estados Unidos, sino por el nacionalismo conservador. La oligarquía se nacionaliza, para disolverse y desarticularse, a partir de 1940. Su rumbo dialéctico será fluido, ambiguo, pero lo cierto es que su edad periclita, realmente, en los años cuarentas. En ese tiempo, aunque configurada la nación, todavía, sobre el diseño tradicional del imperio británico ya es, sin embargo, otro país.

Cuando Yrigoyen inicia su segunda presidencia en 1928 —para cumplir en ese año 77 años— el país gastaba 146 millones de pesos (de la época) en importación de alimentos y bebidas de lujo; otros 25 millones en tabacos egipcios e ingleses. El tono era la elegancia y el despilfarro. La importación de los artículos manufacturados era, prácticamente, completa. Por eso los años treinta, en la Argentina, no son una moda "retro", sino un modo de vida profundo que se defenderá, con las armas y los fusiles conservadores de la Década Infame, hasta la década de los años cuarentas.

La competencia financiera de los capitales extranjeros marcarán ya, en esa etapa, el predominio norteamericano. El viejo sector anglo-argentino perdió el predominio. Cuando Argentina, que había obtenido una alta rentabilidad en la elaboración de la carne hubo de llegar a la edad del frigorífico se encontró con el hecho nuevo: en el sector del frío, indispensable para una exportación moderna, la revolución tecnológica de los Estados Unidos ocupó, en ese área, una posición clave. En 1930, cuando Yrigoyen se despidió del país, los capitales británicos se habían rendido ya, en los grandes frigoríficos, a la técnica estadounidense. El peronismo certificaría después, nacionalizando los ferrocarriles, un hecho dibujado ya por la anterior realidad histórica.

2) Un Tiempo Crítico

El golpe militar de 1943 —mezcla de nacionalismo y de certificación del fracaso conservador de la Década Infame (1930-1943)— dará ocasión al reverdecimiento de las causas de la crisis. Era ostensible que el aparato estatal puesto en marcha por los generales Uriburu y Justo —después de la caída de Yrigoyen— estaba incapacitado, por su estructura, para hacer frente a las necesidades reales de un país en cambio. Era tarde, obsoleto y retrógrado. Los modelos mentales del estanciero anglo-argentino, con sus tabúes sociales, no podía modernizar el sistema. Los militares de 1943 representaban, respecto a los de 1930, —los más jóvenes de su clase dirigente estuvieron ya en el golpe de Uriburu— el espíritu de una generación avispada por la II Guerra Mundial; los movimientos fascistas; la penetración del capitalismo; la ideología imperial norteamericana y la creencia en unas técnicas nuevas. Lo que ocurre, desde entonces, es simple: con herramientas del pasado no pueden construirse edificios políticos modernos. Así, —la evidencia es palpable— aunque se modernizan las instituciones y se descubren las nuevas clases sociales (operación coyuntural de sabiduría política que le corresponde por entero a Perón) los instrumentos reales con los que se aspira a la realización del cambio son, en cierta medida, los mismos. El nacionalismo conservador aparece sucedido por un nacionalismo aparentemente revolucionario porque incorpora a las filas de la participación el consenso social. Igual que Saez Peña, al convocar el acuerdo político de 1912 sobre el sufragio universal, facilita el tránsito hacia el radicalismo y de éste, de nuevo, hacia el fraude electoral y la intervención armada, de igual manera la década (larga) del peronismo iniciada en 1943 terminará, en 1955, bajo la táctica y explícita verdad de que si bien las fuerzas más oscurantistas se han asociado contra Perón no por eso deja de ser verdad que, en el momen-

to decisivo, jamás apelara a las masas para que corten, con el bisturí de una alianza de clases realmente revolucionaria, el cordón umbilical que une el año 1955, todavía, a la crisis, nunca resuelta, de 1930.

La conciencia de esos hechos ejemplifica, sin embargo, la dificultad específica de los cambios cuando éstos, pese a todo, se cumplen en un país cuyas características esenciales perfilan la dialéctica de los países desarrollados: alfabetización casi total; alta renta per cápita (mil 95 dólares por persona en 1972); urbanización casi total (el 80,4 por ciento de la población); crecimiento demográfico cercano al de los industriales avanzadas, es decir, el 1,5 por ciento frente al 3,5 por ciento de México o el 1 por ciento de los Estados Unidos y la Unión Soviética; alimentación proteínica la más fuerte y considerable de América Latina...

—¡Ah, el "bifé" de los restaurantes de la calle Florida, Corrientes o Pellegrini...!

En 1974, la tasa de consumo de carne per cápita en la Argentina fue de 78 kilogramo. Dieciocho kilogramos más que en 1972. Ese elevado incremento se debió, sobre todo, a la contracción de las compras en los mercados europeos. Esa situación parece estabilizada y los precios de las materias primas (después del boom organizado y desorganizado por la crisis capitalista) están bajando. Las exportaciones argentinas (mil 779 millones en 1970) ascendieron a 3 mil 800 en 1974 con un superávit en balance comercial de 800 millones. Los productos primarios, y de ahí la gravedad en momentos de recambio tecnológico acelerado en el mundo industrial, constituyen, aún, el mayor porcentaje. En efecto, los datos referentes a 1973 son claros: de 3 mil 266 millones de dólares exportados nada menos que dos mil 422 correspondían a los artículos primarios.

Ahora, con los precios internos hacia arriba y el escapismo del consumo —a la hora de renovación de los contratos colectivos— la protesta se generaliza en la violencia específica. Los centros de poder vuelven a integrarse en la vieja dinámica: entre el golpe de Estado y la continuidad angustiada.



LOS MILITARES, con el espíritu de una generación avispada por la Segunda Guerra Mundial...